

medio enterrada entre arena y agua: entre él y los indios la limpiaron y pusieron á flote; y buscando siempre, encontraron una duela de un gran barril que les sirvió de remo. Era una embarcación muy débil para cruzar un brazo de mar de algunas leguas de anchura; pero no hubo remedio; pudo convencer á los indios á que le acompañasen, y se metieron en la canoa, costeano hasta llegar al punto mas angosto del estrecho, donde no habia mas que cuatro leguas de travesía; de allí remó directamente hácia Cozumel, luchando lo mejor que pudo con las corrientes, y al fin logró arribar á la isla.

No bien habia desembarcado, cuando una partida de españoles, saliendo de un matorral, se arrojó sobre ellos con espada en mano; los tres indios trataron de correr; pero Aguilar los detuvo, y llamando en alta voz á los españoles en su idioma, les aseguró que era cristiano. Entonces se hincó de rodillas, y levantando al cielo los ojos bañados en llanto, dió gracias al Criador por haberle devuelto á sus compatriotas.

Mirábanle estos asombrados; por su idioma le reconocian como español, pero toda su apariencia era de indio: estaba completamente desnudo, llevaba el pelo trenzado al rededor de la cabeza al uso del país, y su piel se habia tostado con el ardor del sol; tenia un arco en la mano, una aljaba á la espalda y un morral de red al costado con provisiones.

Los españoles eran una partida de exploradores, que Cortés habia enviado á observar la canoa que venia de Yucatan, perdida la esperanza de que ningún cautivo se le reuniese; pues la carabela estuvo inútilmente esperando todo el tiempo prefijado en Cotoche: prosiguió el célebre caudillo su viaje, mas, por fortuna, uno de los buques sufrió una avería, que le obligó á retroceder á Cozumel.

Cuando Gerónimo de Aguilar y sus compañeros llegaron á la presencia de Cortés, rodeado á la sazón de todos sus oficiales, hicieron una profunda reverencia y se pusieron en cuclillas, colocando los arcos y flechas á su lado; tocando en seguida el suelo con

MICER CODRO, EL ASTROLOGO.

El historiador de Oviedo describe las aventuras del astrólogo italiano Micer Codro, que predijo el fin de Vasco Nuñez, con algunas particularidades que tocan en lo maravilloso. Parece que despues del fallecimiento de su protector, continuó por espacio de muchos años vagando por el Nuevo Mundo en la comitiva de los descubridores españoles; pero ocupado en los estudios de la historia natural, mas bien que en busca de tesoros.

En el transcurso de sus correrías iba una vez costeando las playas del océano del Sur, á bordo de un buque mandado por un tal Gerónimo de Valenzuela, el cual le trató con tanta crueldad, que le ocasionó la muerte, aunque no se dice qué clase de crueldades fuesen.

Viendo que iba á espirar, el desgraciado astrólogo dirigió la palabra á Valenzuela del modo mas solemne: «Capitán, le dijo, habeis causado mi muerte con vuestra crueldad; y yo os cito ante el tribunal de Dios en el término de un año!»

El capitán le contestó con sarcasmo, mofándose de su emplazamiento.

Se hallaban entonces en la costa de Veragua, cerca de las verdes islas de Zebaco, situadas á la entrada

de la mano derecha mojada en saliva, se frotaron la region del corazon, en señal del mas humilde respeto.

Cortés dió á Aguilar la mas afectuosa bienvenida, y levantándole del suelo, le cubrió con una capa amarilla con listas encarnadas, que él mismo llevaba; sin embargo, como el último hacia tanto tiempo que andaba desnudo, érale al principio insoportable tal cobertura, y tan acostumbrado estaba á los manjares del país, que le fue difícil reconciliar su estómago con la carne y el vino que le presentaron.

Luego que se hubo repuesto de la fuerte conmoción que esperimentó viéndose entre cristianos, refirió á Cortés las particularidades de su historia, y supo este que era pariente de uno de sus mayores amigos, el licenciado Marcos de Aguilar; por cuyo motivo le trató con mayor interés y consideración, y le retuvo junto á sí para que le sirviese de intérprete en su grande expedición á Méjico.

La alegría de Gerónimo de Aguilar se disipó luego que supo los desastres ocurridos en su familia. Pedro Mártir cuenta una patética anécdota, alusiva al efecto que produjo en la madre del aventurero, el vago rumor de que su hijo habia caído en manos de los canibales. Cuantas horribles relaciones circulaban en España acerca del trato dado por estos salvajes á sus prisioneros, se agolpaban á su imaginación, y le trastornaron. Siempre que veia carne asada, ó simplemente puesta en el asador, alborotaba la casa con sus gritos... «¡Oh, desgraciada madre! ¡oh, la mas miserable de todas las mujeres! exclamaba, ¡mirad los miembros de mi hijo asesinado!» (1)

Es de esperar que las noticias de la libertad de su hijo surtiesen un efecto favorable sobre sus facultades intelectuales, y que viviese para regocijarse con su ulterior fortuna. Aguilar sirvió á Hernán Cortés con mucho valor y habilidad en los negocios de la conquista de Méjico, unas veces como soldado, otras como intérprete y embajador cerca de los indios; y en pago de su fidelidad y servicios, fue nombrado regidor de Méjico.

del golfo de Parita ó París. El pobre astrólogo dirigia ávidamente sus moribundos ojos á aquellos espesos bosques, y suplicó al piloto de la carabela que le embarcase en una de las islas, para morir en paz: «Micer Codro, respondió el piloto, esas no son islas, sino puntas de tierra: no hay ninguna isla por aquí cerca.—Si que las hay, replicó el astrólogo; dos grandes y hermosas islas, abundantes en agua que brota á pocos pasos de la costa; existe en ellas una espaciosa bahía con su puerto. Os suplico que desembarqueis: siquiera tendré ese gusto antes de morir.»

El piloto, cuyo rudo carácter se habia conmovido por el estado del desgraciado astrólogo, accedió á su súplica y le condujo á la playa, donde vió que el aspecto de la costa era exactamente tal como él se la habia descrito. Le colocó á la sombra, sobre la verde yerba, en donde el infeliz aventurero espiró. Entonces el piloto abrió una sepultura al pié de un árbol; enterróle allí con toda la decencia posible y esculpió una cruz en el tronco del árbol para marcar el sitio donde estaba la sepultura.

(1) Pedro Mártir, decad. ix, c. 6.

Algun tiempo despues, el historiador Oviedo aportó á aquella isla con el mismo piloto, quien le enseñó la cruz, y le habló del buen carácter y virtuosa conducta de Micer Codro. Oviedo se paró á contemplar la innominada tumba, y dió al pobre astrólogo un elogio propio de erudito.—«Murió como Plinio, dijo, en

el cumplimiento de sus deberes, viajando por el mundo para explorar secretos de la naturaleza.» Segun él, la predicción de Micer Codro con respecto á Valenzuela, tuvo igual resultado que la de Vasco Nuñez. ¡El capitán murió dentro del término que él le habia prefijado para comparecer ante el tribunal de Dios. (1)

JUAN PONCE DE LEON,

CONQUISTADOR DE PUERTO-RICO Y DESCUBRIDOR DE LA FLORIDA.

CAPITULO PRIMERO.

Expedición de Juan Ponce de Leon para explorar la isla de Boriquen.

(1508.)

HABIAN ya pasado muchos años desde el descubrimiento y colonización de Haití y la vecina isla de Boriquen, ó como la llamaban los españoles de San Juan (despues Puerto-Rico), permanecía aun ignorada. Era magnífica la vista que presentaban desde el mar sus altas montañas rodeadas de espesos bosques; tenia tambien anchos y fértiles valles siempre verdes con las continuas lluvias, abundantes ríos, y total ausencia de los hielos del invierno, en aquellas latitudes.

Varios buques habian fondeado allí casualmente, pero la tripulación nunca penetró en el interior; sin embargo, era evidente que estaba bien poblada, por la porción de aldeas y casas que se divisaban, y por el humo que salia de entre los árboles en todas direcciones. Sus habitantes continuaban gozando todavía de su indolente vida y libertad, sin experimentar ninguno de los males que oprimian á sus vecinos de Haití; hábiles, empero, llegado la hora de participar de la suerte comun á todos sus hermanos, y sucumbir bajo el yugo europeo.

Cuando Nicolás de Ovando, gobernador de la Española, emprendió la devastación de la gran provincia de Higüey, situada al Este de Haití, envió al frente de una parte de las tropas á un veterano llamado Juan Ponce de Leon. Era natural de Leon y habia sido en su infancia paje de Pedro Nuñez de Guzman, señor de Toral (2). Desde muy jóven se adiestró en el arte de la guerra, habiendo servido en varias campañas contra los moros de Granada; acompañó á Colon en su segundo viaje (1493), y despues, segun se cuenta, fue uno de los parciales de Francisco Roldán, en su rebelion contra el Almirante. Habiéndose distinguido en varias batallas contra los indios y adquirido gran fama por su valor y sagacidad, le confió Ovando un cuerpo de tropa, aunque subordinado á Esquivel, en la campaña contra Higüey, donde auxilió á su jefe con tanta valentía, que una vez subyugada la provincia, le confirieron el mando de ella, como teniente del gobernador de la Española.

Juan Ponce de Leon tenia tal pasión por las aventuras guerreras, que le mortificaba la vida tranquila; así es, que al poco tiempo de estar mandando en paz su provincia de Higüey, no pudo mirar con ojos indiferentes las verdes montañas de Boriquen; se hallaban estas en dirección opuesta, como á unas doce ó catorce leguas de distancia; por lo que las distinguia

perfectamente, al través de la trasparente atmósfera de los trópicos. Los indios de ambas islas se hacian frecuentes visitas, y por este medio Juan Ponce supo que las montañas que veia á lo lejos abundaban en oro. Inmediatamente el gobernador Ovando le dió permiso para explorar la isla, y se embarcó en una carabela año 1508 con algunos españoles y unos cuantos indios que le sirviesen de intérpretes y de guías.

Despues de un feliz viaje desembarcó en las selváticas costas de Boriquen, cerca de la residencia del principal cacique Agüeybaná, á quien halló patriarcalmente sentado á la sombra de sus bosques, rodeado de su familia, compuesta de su madre, su padrastro, un hermano y una hermana, los cuales se disputaban el honor de agasajar á los extranjeros. Juan Ponce fue contado en el número de la familia, y el cacique cambió nombres con él, lo que significaba entre los indios una indisoluble amistad. El caudillo español dió nombres cristianos á la madre y al padrastro del cacique; y los hubiera bautizado con mucho gusto, á no escusar ellos la ceremonia; sin embargo de lo cual, siempre se manifestaron orgullosos con los nombres que él les puso.

Deseoso el cacique de agasajar á sus huéspedes, los condujo á varias partes de la isla, y vieron que el interior correspondia perfectamente con las apariencias exteriores; era agreste y montañosa, pero tenia bosques magníficos y ricos y profundos valles, fertilizados por lípidas corrientes. Juan Ponce suplicó al cacique que le mostrase las riquezas de la isla, y el sencillo indio le señaló los productivos campos de Inca, los árboles cargados de deliciosas frutas y las dulces y cristalinas fuentes.

Juan Ponce apreciaba en poco semejantes riquezas, y le preguntó si la isla no producía oro; en contestación á esta pregunta, el cacique le condujo á dos ríos, el Manatuabon y el Zebuco, cuyos guijarros parecían ricamente jaspeados de aquel metal, y en el fondo de los cuales se veian brillar unas como cuentas al través de las cristalinas aguas; los indios sacaron de las mayores y las entregaron á sus huéspedes. La cantidad que recogieron confirmó las conjeturas de Juan Ponce, y dejando algunos compañeros suyos en casa del benévolo cacique, retornó á Haití, á dar cuenta de los resultados de su expedición. Presentó las muestras del oro al gobernador Ovando, y habiéndolo este probado en un crisol, halló que no era tan fino como el de la Española; pero suponiendo que lo habria en gran cantidad, determinó someter la isla y dió á Juan Ponce el encargo de llevar á cabo la empresa.

CAPITULO II.

Juan Ponce de Leon aspira al gobierno de Puerto-Rico. (1509.)

Los naturales de Boriquen eran mas guerreros que los de la Española, pues estaban acostumbrados á

(1) Oviedo, Hist. Gen. i. xxxix, c. 2.

(2) Incas, Garcilaso de la Vega, Hist. Florida, t. iv, c. 31.

manejo de las armas, á causa de la necesidad de repeler las frecuentes invasiones de los caribes; suponíase por lo tanto que la conquista de esta isla habia de ofrecer algunas dificultades, y Juan Ponce la visitó por segunda vez para enterarse del país y de los recursos que ofrecia. Halló á los compañeros que habia dejado cuando su primera visita, contentos y sumamente agradecidos al buen trato y amistosa hospitalidad del cacique Agueybaná. Parecía que no habria que apelar á la fuerza para someter una isla, cuyos habitantes eran tan sencillos y generosos; y Juan Ponce se lisonjaba de que Ovando le encargaria de su gobierno y de que lograria subyugarlos por medios pacíficos. Despues de haber pasado algún tiempo en la isla, volvió á Santo Domingo para solicitar su deseado nombramiento, pero con gran sorpresa suya halló que todos los negocios habian cambiado de faz durante su ausencia.

Su protector Ovando fue llamado á España, y don Diego Colon, hijo del famoso descubridor, ocupaba su lugar en el gobierno de Santo Domingo. Para aumentar la confusion de Juan Ponce, llegó un caballero de España, á quien el rey habia dado poderes para que fundase un establecimiento y construyese una fortaleza en la isla de Puerto-Rico: se llamaba Cristóbal de Sotomayor, hermano del conde de Camina, y habia sido secretario de Felipe I llamado el hermoso, rey de Castilla y padre de Carlos V.

Don Diego Colon se mostró altamente ofendido de que el rey hubiere coniado semejantes poderes á Sotomayor sin su conocimiento y con menosprecio de sus prerogativas de virey; pues como tal, debia ser consultado en todos los negocios concernientes á su jurisdiccion. Rehusó por lo tanto el poner á Sotomayor en posesion de la isla, y miró con el mismo desden las reclamaciones de Ponce de Leon, contra quien tenia prevencion por haber sido favorito de su predecesor Ovando. En seguida, obrando en el lleno de lo que él consideraba sus atribuciones y privilegios hereditarios, nombró oficiales de su gusto, encargando á Juan Ceron el gobierno de Puerto-Rico, designándole por su teniente á Miguel Diaz. (1).

Juan Ponce de Leon y su rival Cristóbal de Sotomayor, sufrieron este contratiempo sin murmurar; y aunque les fue negado el mando, no perdieron la esperanza de hacer fortuna en la isla, uniéndose en tal concepto á los aventureros que acompañaron al nuevo gobernador.

Bien pronto cambió la escena á causa de los zelos y las desavenencias que se suscitaron entre el rey Fernando y el Almirante, tocante á privilegios. El primero parecia dispuesto á mantener su derecho de expedir gracias sin consultar á nadie, y así luego que Ovando, ya en España, le manifestó los méritos de Juan Ponce de Leon y ponderó sus servicios en la expedicion que habia hecho á Puerto-Rico, le nombró gobernador de la isla, prohibiendo espresamente á don Diego Colon entrometerse en el asunto.

CAPITULO III.

Juan Ponce gobierna con mano fuerte. — Exasperacion de los indios. — Pruebas que hacen para asegurarse si los españoles son mortales.

JUAN PONCE de Leon tomó el mando de la isla de Borequen el año 1509; á fuer de soldado viejo quiso llevarlo todo á punta de lanza, y su primer paso fue romper con el ex-gobernador su teniente, resultando mandarlos á España bajo partida de registro (2).

(1) Si el lector ha leído la historia de Colon, debe acordarse de la romántica aventura de este Miguel Diaz con una mujer cacique, lo que dió origen al descubrimiento de las minas de oro de Hayna y fundacion de la ciudad de Santo Domingo.

(2) Herrera, decad. I, lib. VII, cap. 15.

A su último competidor Cristóbal de Sotomayor, le trató mas favorablemente; como era un caballero de noble alcurnia, muy bien relacionado, sin ninguna especie de pretensiones, y dotado de un carácter dulce y condescendiente, le propuso si queria ser su teniente, confiándole ademas el cargo de alcalde mayor: Sotomayor aceptó la oferta. Sin embargo, el lustre de su cuna alteró su tranquilidad: le ridiculizaron por haber descendido de su clase y dignidad aceptando un cargo subalterno al lado de un simple hidalgo y en la misma isla que habia sido nombrado gobernador; y no pudiendo sufrir tales sarcasmos hizo dimision de su destino, y quedó como un simple particular, estableciéndose en un pueblito donde obtuvo un gran repartimiento de indios, de los cuales le hizo el rey merced.

Juan Ponce fijó su residencia en un pueblo titulado Caparra, fundado por él en la parte Norte de la isla á cosa de una legua del mar y próximo á un punto que se suponía muy abundante en oro, situado frente al puerto llamado Rico, lo que despues dió origen al nombre de la isla. Para ir al pueblo era preciso subir una montaña y atravesar un espeso bosque, tan espeso y cenagoso que acababa con los hombres y las bestias. Costaba mas conducir las provisiones y mercaderías al través de aquella legua, que traerlas de España.

Creyéndose Juan Ponce radicalmente establecido en su gobierno, empezó á dividir en porciones la isla, á fin de fundar pueblos y distribuir á los naturales en repartimientos, con el fin de utilizar su trabajo.

Los pobres indios conocieron pronto la diferencia que existia entre los españoles cuando dueños y cuando huéspedes; y vivian desesperados con las rudas tareas que les imponian, pues acostumbrados á la libertad y la indolencia, la sujecion y el trabajo eran para ellos peores que la muerte. Los mas valientes y atrevidos propusieron insurreccionarse y degollar á sus opresores; sin embargo, la mayor parte estaban obcecados por la creencia de que los españoles eran seres sobrenaturales incapaces de morir.

Un cacique escéptico y astuto, llamado Bayoan determinó poner á prueba semejante inmortalidad. Sabiendo que un joven español, por nombre Salcedo, pasaba por sus tierras, mandó una partida de súbditos suyos á que le sirviesen de escolta, dándoles secretas instrucciones del modo como debian obrar. Al llegar á un rio, tomaron á Salcedo en hombros para pasarle; pero cuando estuvieron en la mitad de la corriente le dejaron caer y se le echaron encima, oprimiéndole debajo del agua hasta que le ahogaron. Entonces arrastraron el cuerpo á la orilla y todavia dudaban de que estuviese muerto, por lo que empezaron á llorar y gritar disculpándose de su atentado.

El cacique Bayoan acudió á examinar el cuerpo y lo declaró cadáver; pero los indios temiendo todavia que reviviese, permanecieron guardándole tres dias, hasta que dió pruebas incontestables de putrefaccion.

Convencidos ya de que los extranjeros eran hombres mortales como ellos, formaron una conspiracion general para destruirlos (3).

CAPITULO IV.

Conspiracion de los caciques. — Muerte de Sotomayor.

El principal motor de la conspiracion entre los indios fue Agueybaná, hermano y sucesor del generoso cacique del mismo nombre, que recibió tan cariñosamente á los españoles la primer vez que entraron en la isla, y que afortunadamente habia cerrado los ojos en paz, antes que su pais natal fuese

(3) Herrera, decad. I, lib. VIII, cap. 15.

el teatro de sangrientas escenas. Al actual cacique le habia tocado la suerte de caer en el repartimiento de don Cristóbal de Sotomayor, y aunque este caballero le trataba bien, su indómito carácter no pudo nunca conformarse con el yugo del vasallaje. Reunióse en secreto con los demás caciques y concertaron un plan de operaciones. Como los españoles estaban diseminados en distintos puntos convinieron en que cada cacique el dia señalado acabaria con los que tuviese en su provincia. Agueybaná encargó la empresa de sorprender el pueblo donde habitaba Sotomayor á un cacique de inferior rango, poniendo á su disposicion 3000 guerreros; debia cercar la poblacion á media noche, prender fuego á las casas y asesinar á los moradores; en cuanto á él, se reservó la honrosa tarea de matar con su propia mano á don Cristóbal de Sotomayor.

Don Cristóbal tenia un amigo entre sus mismos enemigos, que no inspiraba á estos desconfianza;

como era caballero de gallarda presencia y de dulces y afables modales, se habia captado la voluntad de una princesa india, hermana del cacique Agueybaná. Esta oyó lo suficiente del concilio de su hermano con sus guerreros, para comprender que Sotomayor peligraba; y apreciando la vida de su amante en mas que la salvacion de su hermano y de toda su tribu, se dió prisa á verle y le comunicó todo lo que sabia y temia, amonestándole que estuviese alerta. Sotomayor poseia una de esas almas candidas incapaces del mal, y que juzgando á los demás por sí mismo, creen que nadie es capaz de una traicion: consideró, pues, la revelacion de la princesa, como visiones de su enamorada fantasia, y desdeñó su aviso. Sin embargo, casi al mismo tiempo recibió otro por distinto conducto: un español, versado en el idioma y las costumbres de los naturales, vió reunidos una tarde á una porcion de ellos pintados y decorados á su estilo guerrero; sospechó que se trataba



Asesinato de don Cristóbal de Sotomayor.

de algun atentado, se pintaré y favorecido por la oscuridad de la noche, logró mezclarse entre ellos sin que lo advirtiesen. Estaban alrededor de una hoguera, ejecutando sus místicas danzas bélicas al son de un areyto, ó sea balada religiosa: las estrofas y respuestas trataban de venganza y degüello haciendo repetidas veces mencion de la muerte de Sotomayor.

Marchóse el español sin que le vieran y fué á dar parte del suceso á don Cristóbal, quien al pronto no hizo mas caso de este que del anterior; pero como la noche nos da lugar á pensar, revolviendo en su ima-

ginacion todos aquellos acontecimientos, llegó á comprender que debia tomar algunas precauciones; en su consecuencia determinó ir al dia siguiente á ver á Juan Ponce de Leon en su casa fuerte de Caparras; y con su natural negligencia ó bien temeridad, acudió al mismo Agueybaná para que le mandase unos indios, á fin de conducir sus efectos, partiendo ligeramente armado y acompañado por dos ó tres españoles, aunque tenia que atravesar espesos y solitarios bosques, donde estaria á la merced de cualquier traidor enemigo.

El cacique estuvo observando la salida de su vic-

tima, y partió poco despues que él, siguiéndole á corta distancia por en medio de los bosques, acompañado de algunos guerreros escogidos. No estaban muy lejos Agueybaná y su partida cuando tropezaron con un español llamado Juan Gonzalez, que hablaba el idioma indio; inmediatamente le acometieron y maltrataron cruelmente: el infeliz se echó á los piés del cacique suplicándole que no le matara, y este le perdonó por el momento, pues no queria que se le escapase don Cristóbal; alcanzó á este incauto caballero en medio del bosque, y saliendo repentinamente de la espesura le asaltó con su fatídico grito de guerra. Antes de que Sotomayor pudiera reponerse del asombro, un terrible golpe de clava dirigido por el cacique le tendió en el suelo, donde le acabaron de matar á porrazos; los cuatro españoles que le acompañaban participaron del mismo fin, atacándoles no solo los guerreros que habian venido persiguiéndolos, sino hasta sus mismos guías.

Luego que Agueybaná hubo satisfecho su venganza con aquel desgraciado caballero, volvió en busca de Juan Gonzalez: este se habia repuesto de sus heridas lo bastante para poder abandonar el sitio donde fue asaltado, y temiendo la vuelta de los salvajes se subió á un árbol ocultándose entre lo espeso de las ramas: desde allí contempló con la mayor ansiedad á sus perseguidores, que andaban registrando todo el bosque en su busca: afortunadamente no les ocurrió levantar la vista hácia los árboles, y despues de golpear los matorrales y perder la esperanza de dar con él se fueron. No se atrevió, sin embargo, á salir de su escondite hasta bien entrada la noche: entonces bajó, y del mejor modo que pudo se dirigió á casa de ciertos españoles, en donde le curaron las heridas y sin detenerse á descansar, encaminose con un gran rodeo á Caparra, é informó á Ponce de Leon del peligro que creia amenazar á Sotomayor, no sabiendo que los enemigos habian cumplido ya su intento de darle muerte. Juan Ponce despachó al instante cuarenta hombres en su socorro; pero en cuanto llegaron al lugar de la matanza hallaron el cuerpo del desgraciado caballero medio enterrado con los piés fuera de la tierra.

Entretanto los salvajes habian cumplido su designio de destruir el pueblo de Sotomayor; fuéronse aproximando sin que los sintieran por la espesura del bosque que lo rodeaba, y á media noche prendieron fuego á los techos de palma de las casas, y atacaron á los españoles que huían para librarse de las llamas.

Algunos murieron en la primera embestida; pero un valiente llamado Diego Salazar, reunió á sus compatriotas é inspirándoles su heroísmo, les hizo volver frente al enemigo, y de este modo logró salvar á muchos, conduciéndolos aunque muy estropeados á la casa fuerte del gobernador en Caparra. Apenas habian entrado cuando fueron llegando otros apresuradamente en todas direcciones, contando iguales desastres de asesinatos y conflagracion general; por esta vez la insurreccion proyectada por los salvajes contra la dominacion de los blancos se llevó á efecto. Todos los pueblos fundados por los españoles fueron sorprendidos; mas de ciento de sus habitantes asesinados, y el resto tuvo que refugiarse en la fortaleza.

CAPITULO V.

Guerra de Juan Ponce con el cacique Agueybaná.

PUDIERAN considerar á Juan Ponce de Leon como un gobernador sin territorio y un general sin soldados; sus pueblos eran solo humeantes ruinas, y todas sus fuerzas consistian en unos cien hombres la mayor parte inutilizados por sus heridas. Tenia un poderoso é implacable enemigo en Agueybaná, quien se puso á la cabeza de todos los caciques, y hasta mandó emisarios á los caribes de las islas vecinas,

suplicándoles olvidasen antiguas animosidades é hiciesen causa comun contra los extranjeros, como enemigos mortales de toda raza india. Mientras tanto la isla se declaró en abierta rebelion, y los bosques que rodeaban la fortaleza de Caparra resonaban con la acostumbra gritería y ahullidos de los salvajes, el ruido de sus caracolas de guerra y el atronador redoble de sus tambores.

Juan Ponce era un soldado viejo muy aguerrido á quien no se intimidaba facilmente: mantúvose mal su grado quieto en su fortaleza, desde donde despachó mensajeros á la Española, pidiendo pronto socorro. Empleó todos los medios posibles para entretener al enemigo conservándose á respetuosa distancia: dividió sus pequeñas fuerzas en tres cuerpos de unos treinta hombres cada uno, bajo el mando de Diego Salazar, Miguel de Toro y Luis de Anasco, que hacian salidas dispuestas por él y practicaban repentinamente sorpresas, asaltos y emboscadas, ejerciendo las estratagemas que Ponce habia aprendido cuando jóven en sus campañas contra los moros de Granada.

Entre sus principales auxiliares se contaba un perro llamado Becerrillo, famoso por su valor, fuerza y sagacidad; se dice que sabia distinguir á los indios aliados de los que eran enemigos; con los primeros se mostraba dócil y cariñoso, y con los segundos implacable y fiero; fue el terror de los naturales no acostumbrados á ver animales tan feroces, y en aquella guerra prestó él solo mayores servicios que muchos soldados. Considerábasele tanto por sus altas proezas, que su dueño recibia por él la paga, racion y parte en el botin asignados á los arqueros, que eran los que cobraban mayor estipendio (1).

En cuanto el anciano y aguerrido caballero Juan Ponce fue reforzado con tropas de la Española, salió á tomar venganza de los que le habian tenido así confinado. Su enemigo Agueybaná estaba acampado en su mismo territorio con mas de 5,000 guerreros; pero completamente descuidado, pues nada sabia del socorro recibido; en su inteligencia Juan Ponce seguia encerrado en Caparra. Cogióle el veterano de improviso y le derrotó con mucha pérdida; se dice que acometió á los indios un terror pánico cuando vieron que quedaban tantos españoles, despues de los muchos que habian asesinado figurándose que los que ellos mataban volvian á resucitar, con lo que perdieron la esperanza de vencer á unos seres que se levantaban de la tumba mas valientes y vigorosos. En otros varios encuentros y escaramuzas llevaron los indios la peor parte; pero Agueybaná desdeñando aquellos pequeños combates obligó á sus compatriotas á reunir sus fuerzas, y por medio de un asalto decidir su suerte y la de la isla. Juan Ponce recibió aviso secreto de esta intentona y del paraje escogido para la reunion. Tendria entonces como unos ochenta hombres á su disposicion; pero vestidos de acero y á prueba de las flechas de los salvajes; sin reflexionar en lo que iba á hacer el brioso caballero se puso á su cabeza y los condujo atravesando bosques al punto que ocupaban sus enemigos.

Era casi el anochecer cuando avistaron el campamento indio y habia tal multitud de guerreros reunidos y descansando, que casi se arrepintió de su temeridad; sin embargo, era tan astuto, como resuelto y atrevido. Dió orden á algunos soldados de avanzar y entretener á los salvajes, mientras él formó á la ligera una especie de fortificacion para parapetarse con el resto; así que estuvo terminada metió todas

(1) Este famoso perro pereció algunos años despues, herido por una flecha envenenada, mientras perseguia á un indio caribe, dentro del mar. Sin embargo, dejó numerosa progenitura y fama postuma; sus méritos y proezas, fueron por largo tiempo el tema favorito de los colonos españoles. Era padre del famoso Leoncico, tan querido de Vasco Nuñez; se le parecia en la pinta, igualándole en valor.

CAPITULO VI.

Juan Ponce de Leon oye hablar de un admirable país y de una fuente milagrosa.

JUAN PONCE DE LEON entregó el mando de Puerto-Rico sin la menor repugnancia. La pérdida del gobierno de una isla salvaje, era asunto de poca monta entonces, cuando habia todo un Nuevo Mundo que explorar, en donde un atrevido soldado como él, ceñida la espada y embrazado el escudo, podia conquistarse una fortuna. Habia ademas reunido lo suficiente para llevar adelante sus planes, y como casi todos los primeros descubridores, tenia la cabeza llena de las empresas mas románticas. Encaprichóse en que aun quedaba un tercer mundo por descubrir y esperó ser él el primero que tocase en sus costas, adquiriendo se así una fama igual á la de Colon.

Mientras revolvia en su mente tales ideas, consideró qué camino deberia elegir para encontrar las desconocidas regiones que le rodeaban, tropezó con unos indios de edad avanzada que le dieron noticia de un país, donde no solo satisfaria sus ambiciosos deseos, sino que realizaria el sueño mas lisonjero de los poetas. Aseguraronle que muy lejos, hácia el Norte, habia un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias, pero lo mas sorprendente que poseia era un rio con la singular virtud de rejuvenecer á todo el que se bañaba en sus aguas. Añadieron que en tiempos remotos y antes de la invasion de los españoles, una numerosa partida de cubanos navegaron en busca de aquellos afortunados países y rio de la vida, y que como no habian vuelto, era de presumir que recobrasen su juventud y se detuviesen allí encantados por los placeres del territorio.

El sueño de los alquimistas estaba realizado. ¡No habia mas que encontrar aquel país maravilloso y entregarse luego á los placeres de sus inmensas riquezas y perenne juventud! Sin embargo, algunos ancianos indios aseguraban que no era necesario ir tan lejos en busca de aquellas rejuvenecedoras aguas porque en cierta isla del grupo de las Bahamas, llamada Bimini, situada muy adentro del Océano, habia una fuente que poseia las mismas maravillosas y apreciables cualidades.

Juan Ponce de Leon oia estos cuentos con singular credulidad. Era de edad avanzada y el término ordinario de la vida no le parecia suficiente para llevar á cabo sus colosales proyectos. ¡Qué dicha poder bañarse en aquella prodigiosa fuente ó admirable rio y salir de sus aguas dotado de toda la fuerza y frescura de la primera juventud y de la práctica y sabiduría de la edad madura! ¡qué de empresas no verificaria en el transcurso adicional de los vigorosos años que se le asegurasen!

Parecerá increíble en la época presente, que un hombre de años y experiencia diese fe á unos cuentos parecidos á las sencillas ficciones de un cuento árabe; pero entonces las maravillosas novedades estaban en boga, merced á los continuos descubrimientos que casi realizaban las ilusiones de la fábula; y la imaginacion de los viajeros españoles habia llegado á exaltarse de tal modo, que creian las cosas mas absurdas.

Plenamente convencido de que existia el país que acababan de describirle, aprontó el buen Ponce á sus expensas los buques con que dar principio á la expedicion, hallando fácilmente aventureros que le acompañasen (1).

(1) No eran solo los viajeros y aventureros quienes creian en las fábulas y los maravillosos cuentos indios. Hombres de eminentes estudios les daban tambien crédito: prueba de ello es el siguiente extracto de la segunda década de Pedro Mártir, dirigida á Leon X, papa á la sazón.

«Entre las islas situadas al Norte de la Española, hay

sus fuerzas en ella y dispuso mantenerse á la defensiva; los indios intentaron varios ataques, pero fueron rechazados siempre con pérdida. Muchos españoles se impacientaban de estar allí metidos y querian salir á campo abierto con sus lanzas y ballestas; pero el diestro comandante no se lo permitió.

Furioso estaba el cacique Agueybaná viendo marchar sus filas; de qué modo se burlaba de sus numerosas huestes un puñado de españoles; aproximábase la noche, y él creyó que aprovechándose de ella los enemigos se le escaparían; reunió, pues, al rededor de sí sus mas acreditados guerreros y se aventuró á dar un asalto general; pero al acercarse á la fortaleza recibió una herida mortal de arcabuz, y cayó muerto en el acto.

Los españoles no conocieron al pronto la importancia del jefe que acababan de matar; pero lo sospecharon en breve por la confusion que advirtieron en el campo enemigo, por las lamentaciones con que recogieron el cuerpo, y sobre todo por la suspension del ataque.

El diestro Juan Ponce se aprovechó de la desolacion de los contrarios para emprender su retirada, dándose por satisfecho con poder salir de la critica posicion en que le habia metido su imprudencia. Algunos de sus valientes y atrevidos oficiales, hubieran querido á pesar de todo, empeñar la refriega: «No, no, dijo el esperto veterano, vale mas prolongar la guerra que comprometerlo todo en una sola batalla.»

Mientras Juan Ponce de Leon trabajaba con tanto ardor por sostenerse en la isla, un poder contra el cual el valor del veterano no tenia fuerza, destruia su transitoria dignidad. El rey Fernando se habia arrepentido del paso que habia dado por un mal consejo, destituyendo al gobernador y su teniente de Puerto-Rico, nombrados por don Diego Colon, convencido aunque tarde de que habia infringido los derechos del Almirante, y de que la política y la justicia exigian de él una reparacion. Cuando Juan Ceron y Miguel Diaz llegaron presos á España, los recibió con amabilidad y los colmó de favores para neutralizar así los perjuicios que se les habian seguido de la brusca separacion de sus destinos; enviándoles despues de algun tiempo con facultades para tomar posesion del mando de la isla. Tenian, sin embargo, la órden de no manifestar ninguna especie de rencor ni mala voluntad á Juan Ponce de Leon, ni despojarle de ninguna de sus propiedades, fuesen casas, tierras ó indios, sino al contrario, conservar con él las mas amistosas relaciones; al mismo tiempo escribió el rey al valiente veterano, manifestándole que la restitution de Ceron y Diaz habian sido resueltas en un consejo de Estado, como un acto de justicia que les era debido; pero de ninguna manera como censura de su conducta, añadiendo que pensaba indemnizarle mas adelante de la pérdida del mando.

Cuando el gobernador y su teniente llegaron á la isla, Juan Ponce la habia subyugado ya completamente; la muerte del campeon isleño Agueybaná habia sido un golpe mortal para los naturales, y probó evidentemente que en la guerra con los salvajes, dependia el éxito muchas veces de un solo jefe. No volvieron á sublevarse ni reunirse mas, y así es que dispersos por los montes y bosques, se fueron sometiendo gradualmente á los españoles, y sufrieron la misma suerte que sus vecinos de Haiti; se les empleó en la explotacion de las minas y en otros trabajos demasado fuertes para hombres acostumbrados á no hacer nada; de modo que fueron sucumbiendo insensiblemente, y dentro de poco no quedaron indigenas en la isla.